

Sociológica, año 20, número 59, pp. 173-195
Septiembre-diciembre de 2005

¿Es el mundo moderno una monolítica jaula de hierro? Aprovechando a Max Weber para caracterizar la actual dinámica interna de la cultura política norteamericana*

Stephen Kalberg**

RESUMEN

Acaso derivada del aliento general de sus escritos sociológicos más que de sus ensayos políticos, la visión weberiana de la modernidad se caracteriza por una atención hacia los rasgos singulares de las diversas sociedades industriales avanzadas y no por una visión monolítica de la “jaula de hierro”. El presente estudio demuestra primero este punto al discutir brevemente las diferencias centrales entre las culturas políticas de Alemania y los Estados Unidos, para luego reconstruir, siguiendo a Weber, el dualismo clásico de la cultura política norteamericana: un dominio del mundo y un individualismo confiado en sí mismo, opuesto a –aunque también entretejido con– una esfera pública penetrada por



* Tomado de *Max Weber Studies*, vol. 1.2, mayo de 2001, pp. 178-195. Traducción con permiso del autor por José Hernández Prado, profesor-investigador del Departamento de Sociología de la Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Azcapotzalco. Correo electrónico: johprado@mexis.com

** Profesor de la Universidad de Boston, es uno de los principales especialistas en la obra de Max Weber en Estados Unidos y autor de una traducción al inglés de *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*.

ideales cívicos. Aunque las expectativas de Weber con respecto al destino de este dualismo clásico en el siglo xx pudieran apreciarse hoy como ampliamente incorrectas, la utilización de un axioma central de su sociología histórico-comparativa arroja una poderosa concepción de la cultura política norteamericana actual: la identificación de movimientos pendulares a través de una “constelación tripolar”. Esta aplicación de la sociología de Weber revela su poder analítico inclusive hoy.

PALABRAS CLAVE: Weber, jaula de hierro, ideal cívico, cultura política norteamericana.

MAX WEBER ES BIEN CONOCIDO por su descripción del mundo moderno como una “jaula de hierro” (*stahlhartes Gehäuse*). Conjuntamente con la mayoría de sus colegas alemanes del *fin de siècle*, él contempló la llegada del capitalismo moderno con temor y con malos augurios. ¿Cómo define Weber la jaula de hierro y cómo captura precisamente esta metáfora su visión de la modernidad? Más en general, ¿les ayudan los perspicuos escritos sociológicos de Weber a los norteamericanos de hoy, en los albores del siglo xxi, para entender su propia sociedad y, en particular, su “cultura política”?

LA JAULA DE HIERRO

En su libro más famoso, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* (1930 y 2000), Weber aducía que el ascetismo mundano calvinista había dado lugar a la noción de “llamado vocacional”. Esta orientación metódica hacia el trabajo, mientras se esparcía ampliamente en las colonias estadounidenses, perdería sus fundamentos religiosos después de algunas generaciones. A pesar de ello, el *espíritu* del capitalismo, ahora simplemente una constelación “ético-práctica” de valores o un *ethos*, había asistido al nacimiento de una modalidad industrial y una forma altamente organizada de capitalismo. Sin embargo, quienes nacimos dentro de este “cosmos del orden económico moderno” ya no estamos motivados para trabajar sistemáticamente sobre la base de una vocación; más bien lo hacemos sencillamente porque “[este cosmos] asociado a las condiciones técnicas y económicas de los cimientos de la producción mecánica y fabril” nos coacciona a hacerlo para sobrevivir (Weber, 1930:

180-203; traducción revisada por el autor de este artículo).¹ Una poderosa estructura cimentada en la “racionalidad instrumental” de contingencias técnicas, administrativas y de mercado “determina nuestras vidas”. Ciertos “fundamentos mecánicos” y una “fuerza abrumadora” cohesionan ahora al capitalismo. Mientras que “el puritano *quería* ser una persona con vocación, ahora *somos forzados a serlo*” (Weber, 1930: 182-204; traducción revisada). Alguna vez ligados intrínsecamente al trabajo, los valores han dejado de ser cruciales para o cultivados en “la labor industrial moderna”, y si bien ese trabajo se ha convertido en el genuino centro de nuestras vidas, “la idea de una ‘obligación para buscar y aceptar un llamado vocacional’ ronda ahora nuestras vidas como el fantasma de algunas creencias no más ancladas en la religión” (Weber, 1930: 182-204; traducción revisada).

Más aún, en Occidente el avance del capitalismo sucedería paralelo al desarrollo de una organización específica, perfectamente adaptada al funcionamiento de aquél; una organización que reafirma cierto valor indispensable: el de la administración técnicamente superior:

La organización burocrática, con su especialización de habilidades adquiridas, su definición de competencias [y] sus reglas y relaciones jerárquicas de obediencia [...] acompaña [...] el proceso de construcción de una jaula de vínculos que las personas –por completo carentes de poder de resistencia– se ven forzadas tal vez a habitar algún día, como los labriegos (*fellahs*) del antiguo Egipto. Esto *pudiera ocurrir si un valor puramente técnico –un servicio civil racional de administración y de distribución de los beneficios del bienestar– llega a contemplarse como el único y definitivo valor en referencia al cual debe ser decidida la organización de todos los asuntos*. La burocracia consigue este resultado mucho mejor que cualquier otra estructura de dominación (Weber, 1968b: 1402; traducción revisada).²

¹ Todas las referencias a los textos de Weber son primero de los números de página de la traducción al inglés, y luego de las páginas en el original en alemán. La información referente a estos originales aparece en la bibliografía.

² “Die bürokratische Organisation mit ihrer Spezialisierung der geschulten Facharbeit, ihrer Abgrenzung der Kompetenzen, ihren Reglements und hierarchisch abgestuften Gehorsamsverhältnissen... ist... an der Arbeit, das Gehäuse jener Hörigkeit der Zukunft herzustellen, in welche vielleicht dereinst die Menschen sich, wie die Fellachen altägyptischen Staat, ohnmächtig zu fugen gezwungen sein werden *wenn ihnen eine rein technisch gute und das heisst: eine rationale Beamtenverwaltung und –versorgung der letzte und einzige Wert ist, der ubre die Art der Leitung ihrer Angelegenheiten entscheiden soll*. Denn das leistet die Bürokratie ganz unvergleichlich viel besser als jegliche andere Struktur der Herrschaft” (1968b [1971]: 332).

En este modelo de la jaula de hierro la dominación de las burocracias requiere de una casta de funcionarios y servidores públicos que monopolicen el poder. En la medida en que esto tenga lugar ocurrirá “un confinamiento de cualquier individuo a su trabajo [...], su clase [...] y quizás a su ocupación”, tanto como la imposición de un “orden rígido” (*status order*) a los gobernados, ligado a la burocracia (Weber, 1968b: 1402/332). Las oportunidades para un desarrollo de auténticos empresarios y líderes políticos se desvanecen en esta fuertemente estratificada sociedad “tan austeramente racional como cualquier máquina” (Weber, 1968b: 1402/333). Si rige el “inescapable poder” de los funcionarios burocráticos, el resultado será un “pacifismo de la impotencia social”, una pérdida de todo dinamismo social y un completo estancamiento que recorra la sociedad (Weber, 1968b: 1402-1403/333-334, y 1978: 281-283/62-65).

Desprovista de fraternidad, compasión y actividad ético-heroica, la sociedad de la jaula de hierro deviene más y más dominada por los valores impersonales y cautos del funcionario, por un lado –deber, puntualidad, confiabilidad, respeto a las jerarquías, etc.– y, por el otro, por cálculos instrumentales de interés y ventaja. La retirada al reino privado de la intimidad, donde la emoción y los valores orientados a la persona persisten todavía –así como el *cultivo* de este reino privado– es contemplada como el único medio de supervivencia que deja intacta cierta dignidad. “Casa y hogar” se convierten en el refugio y el único lugar donde pueden hallarse calidez y lazos profundos. En este retrato permanecen ausentes todas las virtudes cívicas y la ética pública, al tiempo que la mayoría de los valores que cubre el dominio privado existen como el simple legado moribundo de épocas más tempranas –y principalmente religiosas. Ahora ellos están amenazados con la extinción gracias a la poderosa e inexorable expansión del cálculo, la manipulación y la racionalidad instrumental (Weber, 1930: 181-182/203-204; 1946b: 155/612; 1946b: 128/560).

Hasta ahora innumerables intérpretes han tomado esta caracterización como la weberiana descripción fáctica de nuestros tiempos, para ser entonces dibujados con una severa y hechizante figura, fatalista y descorazonadora, aunque también heroica y estoica: un apesadumbrado gigante que llevaría sobre sus anchas espaldas el cruel peso del siglo xx.

Debe reconocerse que esta visión de la modernidad sería un grito distante contra muchos teóricos darwinistas sociales y anglosajones

del *fin de siècle*, que saludaron la llegada de la era industrial como un “progreso” y como el nuevo avance de la civilización, así como una etapa adicional en la triunfante evolución de la humanidad. Weber también se deslindaría claramente de todos los “teóricos de la democracia”, que descubrieron en el mundo industrializado un ancho y profundo reino civil de participación abierta, ideales y ética públicos, ciudadanía y libertades personales. Si todavía hubiese estado escribiendo en los años cincuenta del siglo xx Weber hubiera disentido agudamente de los teóricos de la “modernización”, todos los cuales afirmaban (en un sentido o en otro) que el propio capitalismo clamaba por la democracia y que el avance de esta democracia corría, en general, paralelo a la marcha del industrialismo (véase Parsons, 1966 y 1971). Según Weber:

Es completamente ridículo proponer una afinidad electiva entre el avanzado capitalismo actual, tal como existe [...] en América, y la “democracia”, o inclusive la “libertad” (en cualquier sentido de la palabra). La única pregunta a realizar sería ésta: donde quiera que el capitalismo prevalezca, ¿cómo son posibles aquellas dos cosas [la democracia y la libertad], en general y en el largo plazo? (Weber, 1978: 282/333; traducción revisada, y 1968b: 1403).³

Sin embargo, la metáfora de la jaula de hierro falla en capturar toda la compleja visión weberiana del siglo xx. Primero, porque más que una realidad, o inclusive un escenario de corto plazo, la jaula de hierro constituye para Weber una visión pesadillesca que *podría figurar* en nuestro horizonte. El subjuntivo, las expresiones calificatorias (véase la cita de la página 175) y precondiciones múltiples se asocian casi siempre a su uso en una frase como la anterior (1968a: 960-961/554, 969-971/559-560, 991/572; 1968b: 1403-1404/333-335; Mommsen, 1974b: 86-87).

En segundo lugar, de muchas formas centrales Weber dio la bienvenida al mundo moderno —en particular a las libertades y derechos concedidos a los individuos y a la noción misma de individuo autónomo— y denostaría al pasado tanto como al ingenuo romanticismo de la mayoría de sus colegas: “Después de todo, es una grave

³ “Es ist höchst lächerlich, dem heutigen Hochkapitalismus, wie er... in Amerika besteht... [eine] Wahlverwandtschaft mit ‘Demokratie’ oder gar mit ‘Freiheit’ (in *irgen* einem Wortsinn) zuzuschreiben, während doch die Frage mur lauten kann: wie sind, unter seiner Herrschaft, alle diese Dinge überhaupt auf die Dauer ‘möglich’” (1968b [1971]: 63-64).

decepción creer que sin los logros de la era de los ‘Derechos del Hombre’ cualquiera de nosotros (incluyendo a los más conservadores) pudiera continuar con su vida” (Weber, 1968b: 1403).⁴ Él hablaría y escribiría incansablemente en apoyo de partidos políticos fuertes y competitivos, una división constitucional de poderes, una “ética de la responsabilidad” para los políticos, garantías constitucionales para las libertades y una extensión del sufragio (Weber, 1968b: 1462/406; 1946a: 115-127/545-559). Aduciría vehemente que la democracia sólo es posible cuando existen parlamentos fuertes, los cuales vislumbró como un campo de entrenamiento para líderes políticos en esa “democracia de liderazgo plebiscitario” por la que abogaba (Weber, 1968b: 1409-1414/341-350; Mommsen, 1974a: 44-71 y 1974b: 72-94). Y además buscaría erigir varios mecanismos que sostuvieran a grupos de interés pluralistas y competitivos, en orden a contener el poder de las burocracias, porque “nosotros los ‘individualistas’ y entusiastas partidarios de las instituciones ‘democráticas’ nos hallamos nadando ‘contra la corriente’ de las constelaciones materiales” (Weber, 1978: 282; también 281-282/63).⁵ Más que el fatalismo y la desolación tan presentes entre sus contemporáneos alemanes, particularmente Nietzsche y Georg Simmel, cierto escepticismo, mezclado con aprecio, caracterizaría la posición de Weber. Él creía verdaderamente en que si las sociedades industriales se hacían dinámicas ofrecerían una oportunidad al desarrollo del individuo autónomo guiado por valores éticos (Weber, 1946a: 115-127/545-559; 1968a: 960-961/554, 979-980/565; 1207-1210/724-726; 1978: 282/64; véase Löwith, 1970; Mommsen, 1974b: 21-43, 86-87, 93-95, y Kalberg, 2000b).

En tercer término, el retrato común de Weber como un teórico social que contemplaría el siglo xx como una jaula de hierro se deriva ampliamente de sus ensayos políticos y filosófico-sociales, más que de sus escritos sociológicos. La sociología histórico-comparativa de Weber presenta una imagen mucho más diferenciada. Cuando se la extrae de esos escritos, su postura con respecto a las sociedades modernas urbanas e industriales es a la vez *más dinámica* y *más dife-*

⁴ “Denn schliesslich ist es eine gröbliche Selbsttäuschung, zu glauben, ohne diese Errungenschaften aus der Zeit der ‘Menschenrechte’ vermöchten wir heute (auch der konservativste unter uns) überhaupt zu leben” (1968b [1971]: 333).

⁵ “‘Wider den Strom’ der materiellen Konstellationen sind wir ‘Individualisten’ und Parteigänger ‘demokratischer’ Institutionen” (1968b [1971]: 64).

renciada de lo que sugiere la metáfora de la jaula de hierro. Los casos capturan su atención –las naciones-Estado específicas–, más que los desarrollos monolíticos, irreversibles y supuestamente globales.

MÁS DINÁMICA Y MÁS DIFERENCIADA

La comprensión weberiana de las “sociedades” como sólo ligeramente cohesionadas y como constituidas por un arreglo de dominios de acción competitivos y recíprocamente interactuantes, que se despliegan a diversas velocidades –los dominios religioso, económico, legal, político (*Herrschaft*), estamental y familiar (Weber, 1930: 75-78/60-62 y 1968a; Kalberg, 1994: 104 y 149-151; 1998: 221-225)– persuadiría a su autor de que las evoluciones del pasado son extremadamente importantes para cualquier explicación del presente. Lo convencería también de que las costumbres, convenciones, leyes, relaciones de dominación y valores que se originan en un pasado distante permean profundamente al presente de múltiples, aunque a menudo oscuras, maneras. Él rechazaría como demasiado globales a todos los modos de concepción que contemplan a las sociedades como “tradicionales” o “modernas”, como *Gemeinschaft* o *Gesellschaft*, tal como procede ahora la escuela funcionalista estructural de la modernización y el desarrollo políticos. Weber también promovería la visión de que la acción pasada, del todo influyente sobre el presente, permanece circunscrita en su impacto y asociada a detalladas consecuencias significativas y de largo plazo. El pasado puede sobrevivir por milenios en los intersticios del presente, afirma, e inclusive como su núcleo central. Hasta la aparición abrupta de “lo nuevo” –por ejemplo, el poder extraordinario del liderazgo carismático– jamás rompe completamente lazos con el pasado: “Aquello que ha sido heredado desde el pasado se convierte por todos lados en el precursor inmediato de lo que se toma como válido en el presente” (Weber, 1968a: 29; traducción revisada).⁶ Lejos de ser borrada, la historia interactúa con el presente hasta el punto en que, a menos que su influencia sea reconocida, cualquier intento por explicar la singularidad del presente permanece como una empresa sin esperanza (véase Kalberg, 1994: 158-167; 187-189, y 1997).

⁶ “Überall ist das tatsächlich Hergebrachte der Vater des Geltenden gewesen” (1968a [1976]: 15).

Weber llama la atención, por ejemplo, acerca de los muchos modos en que los valores del protestantismo ascético, originados en la Norteamérica colonial del siglo xvii, se mantuvieron de maneras debilitadas y secularizadas en la vida cotidiana estadounidense hasta el presente; entre ellos, el apoyo nada ambivalente hacia el capitalismo y el individualismo autosuficiente; una desconfianza hacia el Estado (especialmente el Estado fuerte); cierta orientación básica hacia el futuro y las “oportunidades” que él ofrece; una intolerancia hacia el mal percibido; una elevada tasa de aportaciones regulares para las organizaciones de caridad; una rápida y ágil habilidad para conformar asociaciones civiles y una fuerte creencia en la capacidad de los individuos para establecer objetivos, delinear su propio destino e, inclusive, ser prósperos en la escala social. A pesar de las enormes transformaciones estructurales –burocratización, urbanización, o bien el surgimiento del moderno capitalismo– tales herencias del pretérito continuarían hasta ahora, aduce Weber, penetrando y entretrejiéndose con las homogeneizadoras “limitantes estructurales” del industrialismo (Weber, 1930: 155-183/63-206; 1946c y 1985). Más que comprenderse como novedosas y radicalmente divorciadas del pasado, las sociedades modernas pueden conceptuarse mejor como mezclas –incluso mezclas *dinámicas*– del pasado y el presente. Ciertamente, este tipo de análisis abogaría por un examen de cada nación en particular. El acento, insiste Weber, debe recaer sobre los casos individuales y sobre una afirmación de la *singularidad* (*uniqueness*) de cada nación (Kalberg, 1994: 81-84).

Aunque tanto Alemania como los Estados Unidos, por ejemplo, eran ya sociedades industriales bastante avanzadas hacia el *fin de siècle*, ambas mostraban muchas diferencias significativas. Mientras que en Alemania prevalecían un Estado fuerte de bienestar social, una centralización autoritaria del poder y un parlamento débil, una ciudadanía pasiva “gobernada como borregos”, una Iglesia estatal fuertemente vinculada a la autoridad estatal y un sistema legal “formal-racional” –continental– anclado en una Constitución, tanto como convenciones sociales jerárquicas y una industrialización dirigida “desde arriba” por el Estado, una configuración muy diferente se venía imponiendo en los Estados Unidos. Allí privaban un “Estado débil” y descentralizado, una división de los poderes políticos, una activa ciudadanía y asociaciones voluntarias ubicuas, patrones sociales igualitarios, una separación entre la Iglesia y el Estado, instituciones

religiosas antiautoritarias, una industrialización “desde abajo” y un sistema legal (ciertamente basado en una Constitución) claramente en deuda con el énfasis en la Ley Común (*Common Law*) inglesa, basada en los precedentes (Weber, 1988: 438-448; 1946c; 1968a: 1197-1210/717-726, y 1985; Mommsen, 1974b: 79-86 y 92-95; Kalberg, 1997). Finalmente, el prestigio social de los servidores públicos, tan elevado en Alemania y tan determinante para el modelo de la jaula de hierro, sería visto en los Estados Unidos como inusualmente bajo:

Generalmente la estima social de los funcionarios es especialmente baja donde la demanda por una administración experta y el aprecio por las convenciones de estatus es débil. Este es a menudo el caso en los nuevos asentamientos, por efecto de las grandes oportunidades económicas y la enorme inestabilidad de su estratificación social; por ejemplo, los de los Estados Unidos.⁷

Aquí, una vez más, la descripción común de Weber como reivindicadora de una monolítica visión de la era moderna a modo de una “jaula de hierro” debiera ser rechazada. Sus escritos sociológicos afirman que la cultura política de cada nación industrial es diferente en sí misma.⁸ Weber insiste en la contextualización del caso específico, inclusive con respecto a la burocratización:

En cada caso histórico individual uno debe analizar la dirección especial en la que se desarrolla la burocratización. Por esta razón, tiene que permanecer abierta la cuestión de si el poder de la burocracia es, sin excepciones, creciente en los modernos Estados en los que se despliega [...]. Por ello, que el poder de la burocracia se incremente como tal no puede decidirse *a priori* (Weber, 1968a: 991; traducción revisada).⁹

⁷ “Die soziale Schätzung der Beamten als solcher pflegt besonders gering da zu sein, wo –wie oft in Neusiedlungsgebieten– vermöge des grossen Erwerbsspielraums und der starken Labilität der sozialen Schichtung sowohl der Bedarf an fachgeschulter Verwaltung wie die Herrschaft ständischer Konventionen besonders schwach [entwickelt] sind. So namentlich in den Vereinigten Staaten” (1968a [1976]: 533).

⁸ Véase, por ejemplo, Weber, 1930; 1946c; 1985; 1968a: 889-892/509-511, 1059-1069/616-624, 1204-1210/771-776; 1968b: 1400/329-330, 1381-1469/306-406; 1978 y 1994. La discusión general puede consultarse en 1946a: 87-114.

⁹ “Stets is also der einzelne historische Fall daraufhin zu betrachten in welcher speziellen Richtung gerade bei ihm die Bürokratisierung verlief. Es soll daher hier auch unentschieden bleiben, ob gerade die modernen Staaten, deren Bürokratisierung überall fortschreitet, dabei auch ausnahmslos eine universelle Zunahme der *Macht* der Bürokratie inner halb des Staatswesens aufweisen... Ob die Macht der Bürokratie als solcher zunimmt, ist also a priori [...] nicht zu entscheiden” (1968a [1976]: 572).

Entonces, ¿cómo retrata Weber a los Estados Unidos en sus escritos histórico-comparativos?,¹⁰ ¿puede su análisis ofrecer intuiciones valiosas incluso hoy a los esfuerzos locales de la sociedad norteamericana de *fin de siècle* y, en particular, a su cultura política?

*MAX WEBER Y LA CULTURA POLÍTICA
DE LOS ESTADOS UNIDOS*

Weber vería un inusual dualismo como elemento específico de la herencia norteamericana. Un individualismo “dominador del mundo” (*weltbeherrschende*) con iniciativa, orientado hacia la acción y emprendedor, relativamente poco acotado por las tradiciones, se yuxtapondría con su aparente contrario: una prominente *esfera cívica* de ideales y valores, que empujaba y guiaba a los individuos más allá de los cálculos de interés propio y hacia el mejoramiento de sus comunidades. Aunque Weber reconocía que ambos componentes de la configuración estadounidense, el cívico y el dominador del mundo, se habían debilitado marcadamente al inicio del siglo xx, este entrelazamiento de fuerzas, en rigor tan incompatibles, le fascinaba.¹¹ Sus investigaciones llegaban a la conclusión de que, lejos de resultar baladías, ambas orientaciones —hacia el individuo y la comunidad— habían sembrado profundas raíces en suelo norteamericano y, particularmente, en su historia religiosa (Weber, 1930: 155-183/163-206; 1946c; 1968a: 1204-1222/711-726, y 1985).

**LOS ORÍGENES RELIGIOSOS DEL INDIVIDUALISMO DOMINADOR
DEL MUNDO Y DE LOS IDEALES DE LA ESFERA CÍVICA**

El protestantismo ascético estadounidense —aquél de las iglesias calvinista, pietista, metodista, bautista, cuáquera y menonita— clama-

¹⁰ Sobre los Estados Unidos véase también Weber, 1930; 1946c; 1968a: 1198-1210, y 1985, además de Mommsen, 1974b; Roth, 1985 y 1987, y Scaff, 1998.

¹¹ Roth (1985 y 1987: 165-200) y Mommsen (1974b) ofrecen retratos generales de los modos significativos como las en general positivas visiones de Weber sobre los Estados Unidos contrastaban con aquéllas de sus colegas alemanes. Weber admiraba en particular el individualismo autosuficiente de los estadounidenses y sus reticencias a atribuirle al Estado una autoridad exagerada. Él hallaba a los alemanes severamente carentes de estos dos rasgos (véase Mommsen, 1974b: 83-86, y Roth, 1993).

ba por un intenso y trabajador individualismo. Se esperaba de los creyentes que mantuviesen una especialmente consciente “vigilancia” (*watchfulness*) sobre todos sus impulsos animales, porque los engaños corruptores del placer mundano eran condenados por Él en un grado inusual. Sin embargo, también se tenía una confianza especial en las fuerzas internas del creyente. Los sacramentos u otros rituales no podían ayudarle al devoto, aun cuando lo “bueno” (*right*) y lo malo (*wrong*) se comprendían en rígidos términos morales. Tampoco el ministro religioso podía procurar seguridad con respecto a una salvación. Solitarios frente a un iracundo, omnipotente y vengativo Dios del *Viejo Testamento* y únicos responsables frente a Él, los feligreses debían confiar exclusivamente en sí mismos para generar “evidencia” de su estatus privilegiado y, por lo tanto, para aliviar su ansiedad con respecto a la pregunta más importante: “¿estoy yo entre los salvados?” (Weber, 1930: 104-105/94 y 123/122, y 1968a: 1198-1200/717-719).

Sin embargo, el mandato de ascetismo –para centrar las energías individuales a través de una heroica disciplina, y para domar los impulsos animales– era sólo un elemento entre los protestantes ascéticos. Además de ello, se esperaba de los feligreses que “dominaran” (*master*) al mal en este mundo, emprendiendo la creación del Reino de Dios sobre la Tierra. Ya que no estaban permitidos una tolerancia o un distanciamiento con respecto al mal, la obligación religiosa de dominio del mundo se convertía, para el devoto, en este imperativo: actuar de acuerdo con los mandamientos de Dios y *contra* el mal mundano, inclusive y de ser necesario frente a la autoridad secular y la opinión de la gente. De aquí que estos creyentes jamás practicasen un individualismo inclinado hacia la cautela, la negociación o la contemplación. En lugar de ello, era un individualismo perseverante y “orientado hacia el mundo” el que se cultivaba por esos primeros estadounidenses con resolución y un robusto optimismo en relación con su capacidad para enfrentar tradiciones. Su objetivo era la modificación de la sociedad en su conjunto –la creación del Reino de Dios– (Weber, 1930: 108-109/99-101, 223 n. 27/96 n. 3; 1946c: 321/234-235; 1985: 10-11/392-394, y 1968a: 1207-1209/724-726).¹² Así, el mejoramiento de la comunidad

¹² Acerca de la afinidad electiva de este conjunto de valores inclusive hoy –ahora completamente secularizados–, con una política exterior estadounidense anclada parcialmente en una conciencia misionera, véase Kalberg, 1991.

llegaría a ser visto por los protestantes ascéticos como una parte y una parcela de la obligación religiosa de cada quien y como un servicio hacia Dios.

Lo mismo ocurriría también de otra manera. Como ya fue observado, el devoto era el único responsable de buscar consuelo para la terrible ansiedad que acompañaba a la incertidumbre con respecto a la pregunta central de los creyentes: el estatus de su propia salvación *personal*. Aun cuando los calvinistas en particular podían convencerse a sí mismos, a través de sus acciones (*Bewährung*), sobre su ubicación entre los salvados, Weber enfatizaba un mecanismo singular para hacerlo: si se conseguía el éxito mundano –definido como la prosperidad material–, el feligrés podía concluir que un Dios omnisciente y omnipotente le había conferido su favor. Y esta deidad, por supuesto, le ofrecería tal “signo” únicamente a los predestinados. “Premios psicológicos” inusualmente grandes eran así concedidos al trabajo metódico. Sólo a través de la labor sistemática podía conseguirse la prosperidad material (Weber, 1930: 172/192; 1968a: 572-573/346-347, 1197-2000/717-719 y 1203-1210/721-726).¹³

Notablemente, aun a pesar de estar motivados en último término por la búsqueda de una clarificación del estatus de la salvación *individual*, precisamente esta intensificación del trabajo tendría el efecto de acentuar el compromiso de los creyentes *con la comunidad*. Porque, aunque dejados solos por la doctrina protestante ascética para crear “evidencias” de su pertenencia al grupo de los salvados, el trabajo metódico de los devotos en una vocación (*Beruf*) –que era el medio para actuar así– nunca servía exclusivamente al individuo. Más bien, la gloria de Dios requería del creyente trabajar para Él y crear el humano Reino del mundo en honor Suyo. De allí que el trabajo se hiciera metódico, aunque también como algo alejado de los intereses individuales egocéntricos y enfocado hacia tareas más amplias. Esta Misión constituía una obligación *religiosa*. De este modo, el trabajo ataba a los creyentes a una comunidad y tenía lugar para un propósito más grande que los cálculos utilitarios que buscaban la acumulación de bienes materiales. Un claro dualismo se hacía ostensible: el de un individualismo dominador del mundo centrado en los

¹³ Aquí sólo pueden apuntarse algunos aspectos del extremadamente complejo análisis de Weber. Véase Kalberg, 1996: 56-74, y 2000a.

derechos individuales y la capacidad de los individuos para conformar y redefinir sus destinos personales, junto a un igualmente fuerte impulso hacia el compromiso con una comunidad y su mejoramiento.

Más allá de esto, cierta organización definida cristalizaba como el vehículo social (*Träger*) de las recompensas psicológicas ubicadas en la participación comunitaria del protestantismo ascético y “de este mundo”: la congregación. Dado que una familia de confianza y ayuda radicaba en esta organización, ésta servía como un viable y natural “campo de entrenamiento” para la participación de las habilidades del grupo. Aquí, en un medio seguro (*secure milieu*) de compañeros creyentes se podían enseñar las reglas del gobierno de sí mismo y una noción del servicio al grupo. El impulso hacia el activismo cívico y también hacia un individualismo orientado hacia fines derivaría de esta experiencia religiosa y dejaría su vasta impronta en la América del Norte colonial y en los nacientes Estados Unidos (véase Weber, 1946c y 1985).

Debido a la importancia del trabajo y a la significación religiosa del negocio y el beneficio exitosos, así como al voto estricto del ascético para respetar los mandamientos divinos, la confianza, el consejo sincero y la ética del juego limpio se constituyeron en firmes ideales incluso de las relaciones comerciales. Una vez establecidos en este dominio, aquellos ideales se extenderían, si bien en una medida variable, como consecuencia de las diferencias regionales, hacia la esfera política y se erigirían como fuertes *ideales* de autenticidad (*truthfulness*), confianza social, buena voluntad y juego limpio para la vida pública en general. Como todo esto tuvo lugar mucho antes del arranque del industrialismo de mediados del siglo XIX se consolidó la fuerte penetración de estos ideales en el ámbito público. Una *esfera cívica* de ética pública cobraría existencia y los funcionarios electos se debían someter a sus elevados estándares.¹⁴

Poderosos ideales cívicos han aparecido sólo rara vez en la cultura política de las naciones, de acuerdo con Weber. Ellos no pueden entenderse como sencillos elementos evolutivos, concomitantes de la industrialización (véase Parsons, 1966 y 1971, y Kalberg, 1993

¹⁴ Dondequiera que esa esfera cívica se desarrolló bien, la transgresión de sus valores por parte de los funcionarios electos jamás pasó inadvertida. En casos notables (como el Watergate o el “Monicagate”) el público reaccionaría fuertemente. Para una versión ampliada del argumento presentado en los últimos párrafos, véase Kalberg, 1997: 212-216.

y 1997).¹⁵ Más aún, su yuxtaposición con el individualismo dominador del mundo, juzgaba Weber, es extremadamente inusual. Ciertamente, sobre la base de un fundamento común en el protestantismo ascético, aquellos valores cívicos pueden entretrejerse con un individualismo activo. Como se haría ostensible, en términos generales el ámbito cívico le dio poder a ese individualismo, impulsándolo al mismo tiempo que el ascetismo se debilitaba, llevando su atención exclusiva desde la lucha egocéntrica por la prosperidad material hasta el mejoramiento integral de la comunidad. Al mismo tiempo, los ideales cívicos también impedirían que ese individualismo siguiera un curso firme de declinación para devenir en puramente instrumental y orientado tan sólo hacia los cálculos del interés y la ventaja. Por otro lado, ya que procuraba a las personas la fuerza y la confianza para actuar “en el mundo” y para defender –en términos morales, si era necesario– determinados valores, principios y derechos, inclusive en contra de grandes enemigos, ese individualismo activista de la era colonial y de los Estados Unidos iniciales rejuveneció permanentemente la ética pública. En efecto, pudiera decirse que este individualismo “orientado hacia el mundo” fue una necesidad sociocultural, si es que cierta noción viable del derecho del individuo a la autoridad y el poder logra existir de manera sociológicamente significativa (Weber, 1968a: 1204-1211/721-726, y 1988: 438-449).¹⁶ A su vez, dadas las elevadas exigencias de los ideales cívicos depositados en las personas para reformar sus comunidades –o para *actuar* en ellas– reivindicando valores éticos, el individualismo dominador del mundo sería continuamente renovado. Se solidificó, así, una dinámica recíprocamente constitutiva (Kalberg, 1987: 209-216).

Weber vería que un dualismo bastante inusual, percibido desde una perspectiva comparativa, caracterizaba *tal* cultura política. Más aún, él rompió en pedazos la dicotomía de la jaula de hierro en la que una esfera pública saturada de restricciones técnicas, administrativas y de mercado, carente de ideales cívicos y dominada por el

¹⁵ Por ello, la posición aquí adoptada es completamente análoga al argumento de Weber en *La ética protestante...* en el sentido de que el origen de la “ética protestante” (el espíritu del capitalismo) no se puede explicar con referencia a una “forma económica” (la economía capitalista moderna). Véase Weber, 1930: 64-67/49-52 y 75-78/60-62. Es preciso atender el particular contexto social de cada caso.

¹⁶ Así, Weber hallaría que este aspecto de la cultura política estadounidense tenía raíces religiosas particulares –todas ellas ausentes en Alemania. El trabajo de Jellinek estimuló el interés de Weber en este tema. Véase Jellinek, 1901; Roth, 1971, y Mommsen, 1974b: 76.

poder en bruto y los cálculos de interés apartados de los valores, clamaba por su total opuesto: cierto refugio apolítico y profundamente privado donde se cultivaran relaciones íntimas de calidez y compasión. En la era colonial y los tempranos Estados Unidos, por el contrario, los *ideales cívicos* de honestidad, juego limpio, confianza social, buena voluntad y trato justo –todo un *ethos*– penetraron el dominio público y desviaron al individualismo activista de los meros propósitos interesados, las maquinaciones de poder, el egocentrismo y la indulgencia hacia las ilimitadas tentaciones de la vida diaria.

Desde luego, Weber sabía muy bien que la corrupción y que el “sistema del botín” (*spoils system*) se hallaban generalizados en la América del Norte de finales del siglo XIX y principios del XX, y que el poder y los cálculos burdos frecuentemente prevalecían sobre la ética pública. Ciertamente, él encontró excepcional la acción ética como referida a un *ethos* público y a la política corrupta de las maquinarias urbanas tremendamente difundida (Weber, 1946a: 108-110/538-540; 1968b: 1401/331, y 1978: 281-282/63). Sin embargo, y debido a que están profundamente enraizadas en la historia religiosa norteamericana, las virtudes cívicas mantenían, según Weber, un impacto sociológico significativo, aunque ahora sólo y acaso como un legado. Parámetros y dicotomías muy diferentes caracterizaban al modelo de la jaula de hierro, tanto como a aquellas otras culturas políticas en las que los funcionarios civiles, las leyes del Estado y los partidos políticos cerrados agotan completamente –e inclusive monopolizan– todas las concepciones del dominio cívico.¹⁷ El movimiento pendular irregular puesto en marcha por el singular dualismo norteamericano –una esfera cívica ampliada, penetrada por valores éticos entretejidos íntimamente con un individualismo dominador del mundo– se explicaba en buena medida por el dinamismo y la energía característicos de la cultura política estadounidense.

*APLICANDO EL ANÁLISIS DE WEBER:
LA CULTURA POLÍTICA ESTADOUNIDENSE EN LA ACTUALIDAD*

Si bien Weber describió adecuadamente el dualismo clásico de la cultura política de los Estados Unidos, fallaría al identificar la ma-

¹⁷ Como en el caso de Alemania (Weber, 1946a: 103/533, 111-114/541-545; 1968b y 1994).

nera en la que éste se debilitaría. A él le parecía probable que la burocratización en gran escala acompañaría, al final de cuentas, la industrialización del país, como había sucedido en Europa, para que así ocurriera probablemente un enaltecimiento del poder y del prestigio de los servidores públicos y los gerentes. Mientras los funcionarios que poseían un conocimiento especializado y eran capaces de concentrar el poder en las grandes organizaciones irrumpieran en los dominios de la toma de decisiones –aquéllos apropiados para el debate político abierto y el conflicto entre partidos–, el escaso legado remanente de los ideales de la esfera pública, temía Weber, llegaría a desaparecer. Tendría lugar una “osificación” masiva y cobraría existencia una cerrada, rígida e introvertida sociedad carente de nobles ideales, valores pluralistas y competitivos y acción ética. El “tipo de persona” (*Menschentyp*) del funcionario civil –con su aversión al riesgo, pusilánime y mezquino– se convertiría en la figura social dominante (Weber, 1946a: 88/516-517; 1968a: 971/560; 1968b: 1398/327-328 y 1400-1405/329-336, y 1978: 281-282/61-62; Mommsen, 1974b: 86-89, y Roth, 1985).

Como los comentaristas sociales de los Estados Unidos han llegado a lamentarlo en los años recientes, una “pérdida de lo cívico” y un debilitamiento de la ética pública parece haber tenido lugar (Etzioni, 1997 y 1998; Bellah *et al.*, 1985; Putnam, 1995, y Selznick, 1992). A pesar de ello, dicha transformación ha ocurrido por razones que Weber jamás identificó. Hasta el presente inmediato, la historia política norteamericana estuvo marcada repetidamente por olas de protesta popular en contra de la burocratización –tanto del Estado como de los partidos políticos– y no ha cristalizado una casta integrada de prestigiosos funcionarios.¹⁸ En lugar de ello, los valores cívicos se han debilitado más como consecuencia de una ubicua e intensa cultura consumista y una extraordinariamente vibrante cultura del entretenimiento. Ambos vienen a ser dominios altamente atractivos que se oponen a y compiten con los ideales de la esfera cívica.

¹⁸ Tanto Roth como Mommsen han aducido que la predicción de Weber –que los Estados Unidos seguirían el camino europeo hacia una más grande burocratización– ha probado ser errónea. Roth ofrece un extenso análisis (Roth, 1985: 224-238 y 1987: 15-57; Mommsen, 1974b: 89). La permanente discusión en la prensa alemana de los últimos veinte años acerca de la “desaparición del espíritu empresarial” en Alemania, y la ausencia de tal discusión en la prensa norteamericana pudieran ofrecer un adecuado punto de partida para la investigación empírica del tema.

El individualismo norteamericano dominador del mundo parece cada vez menos dirigido hacia la prosperidad material individual y la constelación de valores cívicos y cada vez más enfocado hacia la prosperidad material individual y las culturas consumista y del entretenimiento. También es aparente una intensidad sin paralelo de ambas en otras naciones postindustriales. Originalmente entretejido por completo con y reforzado por el reino de lo cívico, el individualismo activo se ha apartado de aquella fuerza directriz en un grado significativo y ahora es sistemáticamente cortejado y cultivado por los ejecutivos de la Avenida Madison, que tienen posgrado en ciencias sociales. Los ideales cívicos se han vuelto más estrechos de miras en una “esfera pública” ahora penetrada ampliamente por las industrias del consumo y el entretenimiento, las cuales ofrecen “amigabilidad” (*friendliness*), confort, una vida excitante, imágenes de romance y la esperanza de una prosperidad individual.

Sin embargo, la nueva cultura política difiere de la antigua incluso de otra manera. Mientras que el dualismo inicial implicaba un fuerte componente cívico que impedía la degradación del individualismo trabajador en un egocentrismo, el dualismo que es más reciente pone barreras muy diferentes contra cualquier auto-orientación: una contribución al mejoramiento de la comunidad y una comunidad cívica, por no hablar de una derrota del mal para mayor gloria de Dios, parecen ahora ideas extirpadas como la fuerza capaz de impulsar y dirigir al individualismo activo; más aún, ambas se han acomodado, abierta y sutilmente, a “lo que está de moda”, “lo excitante”, “las tendencias”, etc. Mientras que el dualismo individualista cívico inicial invocaba cierto *dinamismo* mutuamente sostenedor que reforzaba tanto al propio individualismo como al componente cívico, a todo lo largo del espectro social, el dualismo individualista consumidor y lúdico se propone una agenda muy diferente: en lugar de erigir finalmente obstáculos contra la orientación exclusiva del individuo hacia la prosperidad material, las culturas consumista y del entretenimiento se hallan estrechamente alineadas con tal orientación. Aunque tal vez no de un modo inmediatamente aparente, el producto a largo plazo es claro: cierto individualismo y una esfera cívica debilitados, tanto como un dinamismo y una apertura sociales y una deriva inequívoca hacia un mayor conformismo social.

Si bien Weber sólo prevería vagamente esta metamorfosis (Weber, 1930: 181-182/203-204), no se hubría sorprendido del todo por

este cambio paradójico en el que un único factor originado por cierta orientación hacia mandamientos trascendentes y valores religiosos —el individualismo confiado de sí mismo y dominador del mundo— subvertiría en una época histórica posterior su indispensable contraparte cimentadora: los bien delineados y sustanciales ideales de la esfera cívica. Él descubriría dichos giros irónicos y consecuencias imprevistas de gran magnitud histórica a todo lo largo de las historias de Oriente y de Occidente,¹⁹ porque ellos están en la propia base de su sociología histórico-comparativa.

No obstante, esta descripción de la nueva cultura política norteamericana, que asume la cercana desaparición de los ideales cívicos, se opone a un axioma mayormente básico en el núcleo de la sociología empírica de Weber, uno que arroja una luz diferente sobre esta transformación monumental. Weber adujo repetida y vehementemente que firmes desarrollos significativos, una vez establecidos sociológicamente, no desaparecen en forma precipitada del paisaje social de una nación, y con seguridad no como consecuencia de retos de corto plazo.²⁰ Legados enraizados en el pasado con fuerza se mantienen viables, en especial si ocurre un cambio societal que convoque a los nuevos grupos y organizaciones relevantes a servir como “vehículos sociales” de estas orientaciones de acción enraizadas en el pasado.²¹ Aunque adormecidos durante largos periodos, los legados sobreviven y sólo esperan por constelaciones contextuales modificadas para ser de nuevo muy influyentes. Según Weber, el pasado y el presente están íntimamente interconectados.²²

Estar advertidos al respecto de esta importante propuesta de la sociología de Weber obliga a revisar el análisis precedente. El dualismo individualista y consumista lúdico debiera ser reconocido como

¹⁹ El ejemplo más importante provendría de *La ética protestante...*: fundada en valores religiosos, la metódica organización de la vida (*Lebensführung*) del calvinista creó riquezas que al final minarían precisamente esos valores religiosos. Un modo como Weber documenta también las consecuencias imprevistas es con su referencia a la “rutinización del carisma”, que reaparece a lo largo de sus estudios comparativos.

²⁰ Véase la lista arriba mencionada de valores originados en el protestantismo ascético (p. 176), que inclusive hoy son importantes en la sociedad estadounidense.

²¹ La exitosa transformación de las iglesias y sectas (“la ética protestante”) como organizaciones vehiculares de asociaciones cívicas y voluntarias (“el espíritu del capitalismo”) permanece como un componente central en la weberiana “tesis de la ética protestante” (Kalberg, 1996: 62-64). Sobre los vehículos sociales, véase Kalberg, 1994: 58-62.

²² Repetidamente he discutido el modo en que esto ocurre en la sociología de Weber. Véase Kalberg, 1994: 158-168 y 187-189; 1997: 212-216; 1998: 232-235, y 1999: 233-236.

algo que no captura por completo la nueva cultura política norteamericana. Más bien predomina ahora un *triumvirato* de fuerzas actantes: un individualismo dominador del mundo, las industrias del entretenimiento y del consumo y una esfera de los ideales cívicos. Aunque amenazados, estos ideales sobreviven debido a sus profundas raíces en patrones de acción de largo alcance y basados en la religión.²³ En ocasiones, en medio de las abundantes fluctuaciones del presente, estos *tres* reinos mantienen sus fronteras delimitadas y, en grados diversos, se oponen unos a otros; otras veces cada uno se confunde y entreteje con los demás, asimismo, en diferentes grados. Aun en algunas ocasiones estos dominios compiten incesantemente con los demás, mientras que en otras establecen firmes alianzas, o bien uno de tales dominios se manifiesta como el dominante.²⁴

Por lo tanto, esta constelación tripolar define y empuja en la actualidad el péndulo de la cultura política estadounidense. Aunque completamente separada del antiguo dualismo, esta nueva configuración es también única y diferente de la de cualquier otra nación postindustrial. Y también se erige en abierto contraste con el modelo de la jaula de hierro. Alrededor de un siglo después, aspectos fundamentales de la sociología de Max Weber pueden ayudar a identificar los contenidos, parámetros y tensiones, así como la dinámica interna de aquel modelo.²⁵

²³ En efecto, el dualismo clásico norteamericano sería abiertamente sostenido en la actualidad en las regiones de Estados Unidos con mayor orientación religiosa (por ejemplo, la del Medio Oeste).

²⁴ La perdurabilidad de los ideales cívicos es evidente en una variedad de formas que van desde, por ejemplo, los comparativamente altos niveles de participación de los estadounidenses en actividades caritativas o de voluntariado, hasta la sostenida discusión acerca del comunitarismo (Etzioni, 1997 y 1998). Pueden hallarse evidencias adicionales en los intentos sostenidos de los políticos por reafirmar la viabilidad de los ideales cívicos en la política exterior norteamericana –y, en consecuencia, por conferirles una validez universal (Kalberg, 1991).

²⁵ Agradezco a Claudia Wies Kalberg sus muy útiles sugerencias para la elaboración de este artículo.

BIBLIOGRAFÍA

- Etzioni, A. (editor)
 1998 *The Essential Communitarian Reader*, Rowman & Littlefield, Nueva York.
- Etzioni, A.
 1997 *The New Golden Rule*, Basic Books, Nueva York.
- Bellah, R. *et al*
 1985 *Habits of the Heart*, University of California Press, Berkeley.
- Gerth, H. H. y C. W. Mills (editores)
 1946 *From Max Weber*, Oxford University Press, Nueva York.
- Jellinek, G.
 1901 *The Declaration of the Rights of Man and of Citizens*, Holt, Nueva York.
- Kalberg, Stephen
 2000a "Introduction", en Max Weber, *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism*, tercera edición, traducción de Stephen Kalberg. Rosbury Press, Los Ángeles, pp. xi-xxv.
 2000b "Max Weber", en G. Ritzer (editor), *Blackwell Companion to Major Social Theorists*, Basil Blackwell, Oxford, pp. 144-205.
 1999 "Max Weber's Critique of Recent Comparative-Historical Sociology and a Reconstruction of His Analysis of the Rise of Confucianism in China", en J. Lehmann (editor), *Current Perspectives in Social Theory*, JAI Press, Stanford, pp. 207-246.
 1998 "Max Weber's Sociology: Research Strategies and Modes of Analysis", en C. Camic (editor), *Reclaiming the Sociological Classics*, Basil Blackwell, Oxford, pp. 206-241.
 1997 "Tocqueville and Weber on Sociological Origins of Citizenship. The Political Culture of American Democracy", *Citizenship Studies*, núm. 1, pp. 199-222 (una traducción castellana de este artículo, realizada por Óscar Cuéllar S., apareció en *Sociológica*, núm. 56, septiembre-diciembre de 2004, pp. 227-263).
 1996 "On the Neglect of Weber's *Protestant Ethic* as a Theoretical Treatise: Demarcating the Parameters of Post-War American Sociological Theory", *Sociological Theory*, núm. 14, pp. 49-70.
 1994 *Max Weber's Comparative-Historical Sociology*, Chicago University Press, Chicago.

- 1993 "Cultural Foundations of Modern Citizenship", en B. S. Turner (editor), *Citizenship and Social Theory*, Sage, Londres, pp. 91-114.
- 1991 "The Hidden Link Between Internal Political Culture and Cross-National Perceptions: Divergent Images of the Soviet Union in the United States and the Federal Republic of Germany", *Theory, Culture and Society*, núm. 8, pp. 31-56.
- 1987 "The Origins and Expansion of *Kulturpessimismus*. The Relationship between Public and Private Spheres in Early Twentieth Century Germany", *Sociological Theory*, núm. 5, pp. 150-164.
- Löwith, Karl
- 1970 "Weber's Interpretation of the Bourgeois-Capitalistic World in Terms of the Guiding Principle of 'Rationalization' ", en D. Wrong (editor), *Max Weber*, Prentice-Hall, Englewood Cliffs, Nueva Jersey, pp. 101-122.
- Mommsen, Wolfgang
- 1974a *The Age of Bureaucracy*. Basil Blackwell, Oxford.
- 1974b "Die Vereinigten Staaten von Amerika", en W. Mommsen, *Max Weber: Gesellschaft, Politik und Geschichte*, Suhrkamp, Frankfurt, pp. 72-96.
- Parsons, Talcott
- 1971 *The System of Modern Societies*, Prentice-Hall, Englewood Cliffs, Nueva Jersey.
- 1966 *Societies: Evolutionary and Comparative Perspectives*. Prentice-Hall, Englewood Cliffs, Nueva Jersey.
- Putnam, R.
- 1995 "Bowling Alone: America's Declining Social Capital", *Journal of Democracy*, núm. 6, pp. 65-78.
- Roth, G.
- 1993 "Weber the Would-Be Englishman: Anglophilia and Family History", en H. Lehmann y G. Roth (editores), *Weber's Protestant Ethic: Origins, Evidence, Contexts*, Cambridge University Press, Nueva York, pp. 83-122.
- 1987 *Politische Herrschaft und persönliche Freiheit*, Suhrkamp, Frankfurt.
- 1985 "Marx and Weber on the United States", en R. J. Antonio y R. M. Glassman (editores), *A Weber-Marx Dialogue*, University Press of Kansas, Lawrence, pp. 215-233.

- 1971 "The Protestant Ethic Revisited", en R. Bendix y G. Roth (editores), *Scholarship and Partisanship*, University of California Press, Berkeley, pp. 299-310.
- Scaff, Lawrence A.
- 1998 "The 'Cool Subjectivity of Sociation': Max Weber and Marianne Weber in America", en *History of the Human Sciences*, vol. 11, pp. 61-82.
- Selznick, P.
- 1992 *The Moral Commonwealth*, University of California Press, Berkeley.
- Weber, Max
- 1994 "Suffrage and Democracy in Germany", en P. Lassman y R. Speirs (editores), *Weber: Political Writings*, Cambridge University Press, Nueva York, pp. 80-129 (*Gesammelte politische Schriften*, J. C. B. Mohr, Tubinga, 1920, tercera edición de 1971, pp. 245-291).
- 1988 "Geschäftsbericht und Diskussionsreden auf den Deutschen soziologischen Tagungen (1910, 1912)", en Marianne Weber (editora), *Gesamelte Aufsätze zur Soziologie und Sozialpolitik*. J. C. B. Mohr, Tubinga, primera edición de 1924, pp. 431-491.
- 1985 "'Churches' and 'Sects' in North America: An Ecclesiastical Socio-Political Sketch", *Sociological Theory*, núm. 3, pp. 7-13 (*Soziologie Universalgeschichtliche Analysen Politik*, 1906, editado por Johannes Winckelmann, Kroner, Stuttgart, sexta edición de 1992, pp. 382-397).
- 1978 "The Prospects for Democracy in Tsarist Russia", en W. G. Runciman (editor), *Weber: Selections in Translation*, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 269-284 (*Gesammelte politische Schriften*, J. C. B. Mohr, Tubinga, 1920, tercera edición de 1971, pp. 33-68).
- 1968a *Economy and Society*, Bedminster Press, Nueva York (*Wirtschaft und Gesellschaft*, J. C. B. Mohr, Tubinga, 1921, quinta edición de 1976).
- 1968b "Parliament and Government in a Reconstructed Germany", en G. Roth y C. Wittich (editores), *Economy and Society*, Bedminster Press, Nueva York, pp. 1381-1469 (*Gesammelte politische Schriften*, J. C. B. Mohr, Tubinga, 1920, tercera edición de 1971, pp. 306-443).

- 1946a "Politics as a Vocation", en Gerth y Mills (editores), *From Max Weber*, Oxford University Press, Nueva York, pp. 77-128 (*Gesammelte politische Schriften*, J. C. B. Mohr, Tubinga, 1920, tercera edición de 1971, pp. 505-560).
- 1946b "Science as a Vocation", en Gerth y Mills (editores), *From Max Weber*, Oxford University Press, Nueva York, pp. 129-158 (*Gesammelte Aufsätze zur Wissenschaftslehre*, J. C. B. Mohr, Tubinga, 1920, cuarta edición de 1973, pp. 518-613).
- 1946c "The Protestant Sects and the Spirit of Capitalism", en Gerth y Mills (editores), *From Max Weber*, Oxford University Press, Nueva York, pp. 302-322 (*Gesammelte Aufsätze zur Religionssoziologie*, J. C. B. Mohr, Tubinga, 1920, sexta edición de 1972, vol. I, pp. 207-236).
- 1930 *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism*, Charles Scribner's and Sons, Nueva York (*Gesammelte Aufsätze zur Religionssoziologie*, J. C. B. Mohr, Tubinga, 1920, sexta edición de 1972, vol. I, pp. 1-206).